

EL PEZ PESCADO
(Comedia en un acto)

DON JULIO

Personajes:

ANTONIO

Derecha e izquierda las del espectador.

Epoca actual.

Acto único

La margen izquierda de un río. Cañaveral por el que se moverán los personajes. Algún sauce y álamos. Es media tarde soleada. Trinos de pájaros. Calvero donde los personajes se preparan para la pesca. El río queda a la derecha del espectador.

(En escena dos ancianos. Don Julio, delgado y de facciones nobles. Viste todo el atuendo clásico del pescador. Se le nota meticoloso, altivo; cuando habla, más bien parece ordenar. Y Antonio, grosero, achaparrado, da la sensación de haber obedecido siempre. Viste también el atuendo del pescador, pero más usado que el de Don Julio. Cuando se abre el telón, Don Julio se dispone a lanzar el sedal.)

DON JULIO.—(Lanzando el sedal). Allá va, Antonio.

ANTONIO.—(Que siempre que habla hace una leve reverencia.) Sí señor. Que haya suerte.



DON JULIO.—(Mientras mantiene la caña, toma asiento de cara al río.)
Antonio...

ANTONIO.—(Que se sienta con un zurrón entre las piernas, preparando cebos.) ¿Diga, señor?

DON JULIO.—¿Cuántos años llevas a mi servicio?

ANTONIO.—Uno menos de los que usted tiene, señor. Usted tiene setenta y cinco y yo estoy a su servicio setenta y cuatro. Uno menos; siempre uno menos. Lo mismo que la distancia que siempre guardo de usted. Siempre un paso detrás de usted, señor; siempre un paso detrás. Igual que la estatura: usted siempre un palmo más alto que yo. Yo siempre, un palmo más bajo. Así lo dispuso su difunta madre, que en paz descanse. Yo nací encorvado y usted enhiesto. Y los trajes: yo siempre me los pongo un año más viejos que los suyos.

DON JULIO.—Es verdad; siempre te pones los que yo desecho.

ANTONIO.—Sí, señor. Sólo los pies y las manos los tengo más grandes que usted; pero sólo un centímetro y medio, según creo.

DON JULIO.—(Dando un tironcito a la caña.) Estos condenados no pican, Antonio.

ANTONIO.—No, señor, no pican.

DON JULIO.—(Pausa.) Antonio, ¿me has odiado alguna vez?

ANTONIO.—Sí, señor; siempre le he odiado...

DON JULIO.—(Ríe.) ¿Y cómo no me he dado yo cuenta?

ANTONIO.—Porque usted nunca se digna mirarme a la cara. En la cara, sobre todo en los ojos, se refleja el odio que una persona siente por otra. Los que me miran, lo notan enseguida. Es como una máscara de la que no puedo librarme. Cuando me ve Crescencia, la cocinera, me dice: "Antonio, cómo odias al señor", y yo le digo: "Sí, Crescencia, sí". Y ella me dice: "Lo cantan tus ojos". Lo cantan, dice; es una poeta Crescencia.

DON JULIO.—¿Te gustaría ocupar mi puesto?

ANTONIO. No, señor. Tendría que ir siempre un paso delante de los demás y ésto me quitaría el sueño. Y eso, sí; en sueño le aventajo.

DON JULIO.—¿Estás seguro?

ANTONIO.—Muy seguro. Llevo en cuenta sus noches de insomnio y las más de dormir a pierna suelta y sé que le aventajo. (Inciso.) Perdón, señor; a veces no sé comportarme y hablo un lenguaje plebeyo.

DON JULIO.—(Da un tirón a la caña y saca el sedal del agua.) Ya pican, Antonio, ésto se pone bien.



ANTONIO.—Sí, señor, se pone bien.

DON JULIO.—¡Un nuevo cebo!

ANTONIO.—Sí, señor. (Coge el anzuelo, que DON JULIO le pone en las narices sin moverse de su sitio, y coloca el cebo). Si pican, señor, es que hay peces; otras veces ni eso...

DON JULIO.—Date prisa, Antonio, aprovechemos la coyuntura.

ANTONIO.—Sí, señor. (Suelta el sedal, que inmediatamente lanza DON JULIO.) Listo.

DON JULIO.—Ahí va... Veremos, si por fin, hay suerte.

ANTONIO.—La habrá, señor; usted siempre ha tenido suerte. Si no la hubiera, ya me encargaría yo de bajar al río y clavarle el pescado en el anzuelo para que usted diera el tironcito y realizara su pesca de cada día. Es uno de mis menesteres como criado a su servicio...

DON JULIO.—(Molesto, pero sin perder su flema.) No seas ganso, Antonio. Esos secretos no se revelan. ¿Qué dirían nuestras amistades?

ANTONIO.—No dirían nada, señor; o, al menos, no dirían nada que a usted no le gustase. Usted es el señor.

DON JULIO.—(Pausa.) Antonio.

ANTONIO.—¿Diga, señor?

DON JULIO.—Si tanto me odias, ¿por qué no has pensado liquidarme alguna vez?

ANTONIO.—Lo he pensado, señor.

DON JULIO.—¿De veras? ¿Has pensado matarme?

ANTONIO.—Sí, señor.

DON JULIO.—¿Y por qué no lo has hecho?

ANTONIO.—(Sacando una navaja del zurrón con la que corta la carnada). Porque no he podido. Siempre camino un paso detrás de usted, y como usted va tan tieso y yo lo mismo, no hay manera; no me llegan los brazos.

DON JULIO.—¿Y en los momentos en que te aproximas a mí para ponerme la chaqueta o el frac?

ANTONIO.—Señor, entonces tengo las manos ocupadas. No querrá usted que deje caer la prenda que debo ponerle y dedicarme a otro quehacer que no corresponde. Es la norma de la casa: hacer siempre lo que debe hacerse.

DON JULIO.—Antonio, soy feliz sabiendo que me odias.

ANTONIO.—Y yo odiándole, señor.

DON JULIO.—Si no me odias, me sentiría humillado. Así sé que hay alguien que piensa en mí, todavía. Porque esos necios de mis nietos no pien-



san más que en el dinero que no tengo ya. Me halagan, pero no piensan en mí. Yo, para ellos, no soy más que un saldo de unas miles de pesetas, que muy pronto, eso creen, van a poder heredar. Pero apañados van, ¿eh Antonio?

ANTONIO.—Sí, señor; apañados van. Si ellos supieran...

DON JULIO.—(Transición.) No pican, Antonio.

ANTONIO.—Qué se le va a hacer, señor. Cuando usted disponga, bajo y clavo.

DON JULIO.—No, esperemos... ¿Y dices que eres feliz odiándome?

ANTONIO.—Sí, señor.

DON JULIO.—¿Por qué?

ANTONIO.—Porque así tengo algo en qué pensar. Si no le odiara, no pensaría matarle, y sería muy aburrido. Se es feliz cuando uno tiene una ilusión, y mi ilusión es matarle. Una ilusión noble; tan noble como usted, que tiene título.

DON JULIO.—Bueno, bueno, Antonio... ¿Has traído algo de comer?

ANTONIO.—Sí, señor: unos bocadillos, empanadas y fruta.

DON JULIO.—(Sosteniendo la caña entre las piernas). Acércame uno. Ya que ellos no pican, piquemos nosotros.

ANTONIO.—¿Debo reírme, señor?

DON JULIO.—Sí, riámonos. Nos hará bien. La risa despeja el espíritu. (Rien ambos con fuerza.) Ay, ay... ¡Qué risa!

ANTONIO.—(Limpiándose las lágrimas). ¡Qué risa más grande, señor! Es un ejercicio muy bueno. Y, como usted dice, despeja el espíritu. A mí se me ha despejado hasta aquí. (Se señala la frente.) ¿Y por qué no nos reímos más, señor?

DON JULIO.—No sé. Seguramente porque somos tontos. Ya lucho porque me odies, y tú por odiarme, y así nos pasamos la vida, sin reír, siempre tiosos. La vida es un asco, Antonio.

ANTONIO.—(Que ha sacado un bocadillo del zurrón, se acerca a DON JULIO y se lo alarga, sin dejar la navaja.) ¡Qué asco de vida, señor! Aquí tiene el bocadillo.

DON JULIO.—(Mirando a ANTONIO detenidamente.) ¿Sabes una cosa, Antonio? Me odias mucho. Te lo noto en la mirada.

ANTONIO.—No, señor. Le odio más de lo que dice mi mirada.

DON JULIO.—¿Sabes que eres muy gracioso, Antonio?

ANTONIO.—No, señor. Nunca lo he sido. Usted trata de halagarme. El gracioso lo es usted, que es el señor.



DON JULIO.—¿Por qué no me matas ahora? Estás muy cerca de mí y tienes una navaja...

ANTONIO.—Es verdad; pero en la izquierda, y con esa mano no soy capaz de hacer nada. Créame que lo siento.

DON JULIO.—¿A ver? (Le toma el bocadillo de la mano derecha.) Ya tienes la mano derecha libre.

ANTONIO.—Sí, señor, pero en la derecha no tengo la navaja.

DON JULIO.—Pues múdatela.

ANTONIO.—Tiene usted razón. (Se muda la navaja de la mano izquierda a la derecha.) Ya está... (Levanta la navaja sobre la cabeza de DON JULIO. Le tiembla la mano.) El caso es que es muy difícil, señor.

DON JULIO.—(Animándole.) ¡Anda, vamos, Antonio! ¡Clava!

ANTONIO.—(Duda.) Es que, verá, señor, no puedo.

DON JULIO.—¿Por qué?

ANTONIO.—Se mancharía la navaja, señor. ¿Y con qué cortarías luego el pan? ¿Usted sabe lo que es una navaja manchada?

(En esto la caña sufre una gran sacudida. DON JULIO se pone en pie y trata de dominarla.)

DON JULIO.—(Solsando hilo.) ¡Ahí está, Antonio! Lo hemos cogido. Es enorme. ¿Qué dirán ahora mis amigos? ¿Creerán lo que les cuente? (Sigue luchando con el pez.) Ante la evidencia se rendirán. Bajarán la cabeza vencidos y dirán: "Don Julio es el más grande". Oh, Antonio, qué gran día...

(La caña da una nueva sacudida. DON JULIO tira de ella delicadamente; pero, al escapar el pez, es proyectado hacia atrás, cayendo de espaldas.)

ANTONIO.—(Ayudando a DON JULIO.) ¿Se ha hecho daño, señor?

DON JULIO.—(Zafándose de ANTONIO.) ¿Daño, daño? ¡Deja, Antonio, deja! (Colérico.) ¿No ves que puedo levantarme solo? ¡Maldito pez! (Al ir a incorporarse, se duele de la pierna derecha y queda apoyado en un brazo). Para una vez que hemos cogido una buena pieza, se nos escapa.

ANTONIO.—(Sosteniéndole por las axilas.) ¡Vamos, señor, incorpórese!

DON JULIO.—(Haciendo un esfuerzo.) ¡No puedo, Antonio! Debo haberme roto algo. ¡Qué pez, Antonio! Un barbo de tres kilos.

ANTONIO.—De cinco, señor. Cinco kilos largos.

DON JULIO.—Tres. ¿No has visto el arqueado de la caña? Creo no equivocarme si le echo tres kilos.



ANTONIO.—Precisamente por eso. El arqueo era de, por lo menos, cinco kilos.

DON JULIO.—Calla, Antonio!

ANTONIO.—Me callo, señor.

DON JULIO.—Siempre me llevas la contraria. Y tú lo que quieres es ponerme en ridículo ante mis amigos. Siempre dices más kilos de la cuenta, aunque no hayamos pescado nada, para que ellos se rían. Así te vengas, porque me odias. Se ríen y tú también lo haces a mi espalda. Eres un criado perverso. ¡Tres kilos! He dicho que son tres y son tres. Esta vez no paso de ahí. ¡El pez que se escapó pesaba tres kilos!

ANTONIO.—(Con mucha calma, mientras se dirige a colocar un nuevo cebo en el anzuelo). Cinco, señor.

DON JULIO.—(Gritando.) ¡Antonio!

ANTONIO.—¿Diga, señor?

DON JULIO.—Está bien. Pesaba cuatro kilos. Es mi última concesión porque no haya guerra. De ahí no paso. Diré a mis amigos que pesaba cuatro kilos y tú, mientras yo hablo, permanecerás en silencio.

ANTONIO.—Entonces, ¿me autoriza a no mentir?

DON JULIO.—Te autorizo.

ANTONIO.—De acuerdo. Entonces no me oirá usted decir nunca a nadie que es rico y que no está arruinado.

DON JULIO.—Cuidado, que esa es otra cuestión.

ANTONIO.—Y si me preguntan, diré que el pez que escapó no llegaba al kilo y cuarto.

DON JULIO.—¿Y cómo puedes afirmar una cosa así si tú no tenías la caña?

ANTONIO.—Porque usted, señor, siempre miente la mitad más de lo que es la realidad.

DON JULIO.—Entonces el pez tendría un kilo y medio, porque creo haber dicho tres kilos.

ANTONIO.—Muy bien, kilo y medio. Total por un cuarto...

DON JULIO.—(Irritado.) ¡Antonio! ¡Quedas despedido!

ANTONIO.—(Que instantáneamente deja de fabricar cebos.) ¿Es su última palabra?

DON JULIO.—No. Mi última palabra es decirte que des gracias que no te odio, porque de lo contrario te mataría.

ANTONIO.—¿De qué modo? Usted no puede ver el rojo de la sangre, ni



la lengua fuera de un ahorcado, ni el rostro verdoso de un moribundo. ¿Cómo lo haría? Dígame, ¿cómo lo haría?

DON JULIO.—Mordería con fuerza un pañuelo en el momento de asestar el golpe y ¡zás! listo.

ANTONIO.—Permítame, ahora que no estoy a su servicio. reírme. (Ríe.) Permítame reírme, don Julio.

DON JULIO.—(Indignado). ¡Don Julio, don Julio! ¡Señor! ¡Llárame señor!

ANTONIO.—Si no estoy a su servicio ya, ¿cómo le voy a llamar señor?

DON JULIO.—(Casi gimiendo.) Por favor, Antonio, no seas cruel... Lláname señor y di, si así lo deseas, que el pez pesaba kilo y cuarto. (Lamentándose.) ¡Ay! Creo que me he roto todo el cuerpo. No puedo moverme. (Transición.) ¡Mátame, Antonio! Ahora es la ocasión. Te encuentras con las manos libres y no tienes por qué ir un paso detrás de mí. ¡Mátame y no me humilles más!

ANTONIO.—¡Qué más quisiera yo! Es verdad, tengo las manos libres y puedo acercarme a usted todo lo que quiera. (Se acerca a DON JULIO.) ¿Ve? Le mete la rodilla en la espalda.) ¿Ve? Tan cerca que puedo cocearle.

DON JULIO.—(Fuera de sí.) Me está humillando, Antonio. ¡No cocee!

ANTONIO.—No me llame de usted, Don Julio. No me llame de usted porque tengo el poder en mis manos. (Vuelve a meterle la rodilla en la espalda.) ¿Ve? Le coceo porque no estoy a su servicio. Soy libre y le coceo por todas partes. (Haciendo lo que dice.) En la espalda, en la cara, en el hombro... Por todas partes. Aguántese.

DON JULIO.—(Serenándose.) Antonio, por favor, no me cocees más, márame mejor.

ANTONIO.—(Cogiendo la caña para entregársela a DON JULIO y calándose a su vez.) No puedo matarle, señor. Al no estar a su servicio, no puedo odiarle, y si no le odio, ¿cómo voy a matarle? Es muy complicado esto del odio. De pronto odias y de pronto dejas de odiar. (Poniéndole la mano en el hombro.) Y además, señor, estoy por dejar en tres kilos el pez que se le escapó. Sí, tres kilos, ni uno más ni uno menos.

DON JULIO.—No, Antonio, no. Los principios son los principios. Tú dijiste cinco kilos y has de mantenerse firme en tu criterio. Si crees que el arqueo de la caña era de cinco kilos, insiste en que eran cinco kilos. Yo dije tres y han de ser tres, aunque hubo un momento en que vacilé. Sólo que de alguna manera hemos de ponernos de acuerdo. Cedamos un poco



AMBOS A LA VEZ.—...en nuestras apreciaciones y dejémoslo en cuatro.

DON JULIO.—Siempre terminamos igual.

ANTONIO.—Y que lo diga, señor.

DON JULIO.—La única verdad es que se nos escapó un pez. ¿Pero de cuántos kilos? Si tu dices que de cinco kilos, mientes; lo mismo que si yo digo que de tres. Y es que lo posible nunca puede pesarse, pero nos hace incomodarnos porque somos cretinos.

ANTONIO.—¿Los dos, señor?

DON JULIO.—Sí, Antonio, los dos.

ANTONIO.—¡Ah...!

DON JULIO.—(Al moverse.) Ay, ay, ay... Creo que estoy todo roto por dentro...

ANTONIO.—Yo creo que no, señor.

DON JULIO.—¡Ya estamos, Antonio! ¡Estoy todo roto por dentro!

ANTONIO.—Bien, señor... Dejémoslo estar. La caña está preparada.

DON JULIO.—Anda, ven; ayúdame.

ANTONIO.—De acuerdo, señor. (Ayuda a DON JULIO a levantarse.) ¿Quedo incorporado de nuevo a su servicio?

DON JULIO.—¿Y qué te hace suponer que te he admitido de nuevo a mi servicio?

ANTONIO.—(Mientras coloca a DON JULIO en disposición de lanzar el sedal.) Es que, verás, empiezo a odiarle de nuevo, señor. Tengo toda la sangre llena de odio otra vez. Me golpea el odio en la cabeza como una maza.

DON JULIO.—(Lanzando el sedal.) Soy feliz, Antonio. O mejor dicho: vuelvo a ser feliz. Se me quita un peso de encima sabiendo que vuelves a odiarme. Ya hay alguien otra vez que piense en mí. Porque ¿qué iba a hacer yo sólo en mi castillo sin tener a nadie que me odiara? (Pausa.) Bueno, pues vuelven las reglas.

ANTONIO.—Sí, señor.

DON JULIO.—Siempre un paso detrás de mí, y siempre las manos ocupadas. Me gustaría llegar a viejo a tu lado, Antonio. Tengo que admitir que siempre has sido un buen servidor.

ANTONIO.—Y yo tengo que admitir que usted ha sido un buen señor. El hecho de que le odie es una buena razón. Sólo que lo de llegar a viejo no lo dirá por usted, porque aparte los años que se quita, ha vivido ya setenta y cinco, y setenta y cinco años son la vejez, ¿o no?



DON JULIO.—Antonio, la edad no se mira por los años que has vivido, sino por los que quisieras vivir.

ANTONIO.—¿Y cuántos más desearía vivir el señor?

DON JULIO.—(Duda.) Pongamos que... dieciocho más. Eso es, dieciocho. Los justos para poder verte morir y hacerte un digno entierro.

ANTONIO.—No puede ser, señor. Porque cuando usted muriera, ¿quién lo iba a amortajar? ¿Quién calzaría sus zapatos de charol, le vestiría sus calzoncillos de seda y le pondría su clavel rojo en la solapa del frac? ¿Quién le perfumaría el bigote y quién, en fin, le daría el beso de despedida en la frente?

DON JULIO.—(Que se estremece.) Por Dios, Antonio, no me hagas estremecer. Mira, mira, se me ponen los pelos de punta. Cambia, cambia de conversación.

ANTONIO.—Señor, deberíamos marcharnos ya.

DON JULIO.—Eso es, buen cambio, Antonio. Todavía me dura el temblor. Cómo describes...

ANTONIO.—Señor...

DON JULIO.—¿Qué?

ANTONIO.—Deberíamos marcharnos ya.

DON JULIO.—Esperemos un poco más por si pica ese condenado ejemplar que escapó. Así saldríamos de dudas sobre si eran tres o cinco kilos.

(En el cañaveral se oye un ruido, como un revoloteo. ANTONIO se alarma.)

ANTONIO.—¿Qué ha sido eso, señor?

DON JULIO.—No sé. Ve a ver.

(Antonio hace mutis por la izquierda, por entre las cañas.)

DON JULIO.—Este Antonio es sincero. (Trata de incorporarse y vuelve a caer sentado.) Condenado pez... No cabe duda de que, por lo menos, tendría sus buenos cinco kilos. Sí... Un pescador siempre queda mejor si el pez que se le ha escapado pesa cinco y no tres kilos.

(Entra ANTONIO en escena con un pajarillo entre las manos.)

ANTONIO.—Un pajarillo herido, señor.

DON JULIO.—¿Cómo dices?

ANTONIO.—Un pajarillo. Andaba revoloteando por el cañaveral, y está temblando.



DON JULIO.—¿Un pajarillo? Anda, déjalo en el zurrón y ve a clavar el pescado en el anzuelo. Nos marchamos.

ANTONIO.—¿Debo hacer el ceremonial de siempre o lo clavo desde la orilla?

DON JULIO.—No, no. El ceremonial de siempre. Baja al río y clávalo. Yo tiraré con fuerza y todo será como si sucediera. ¡Es tan hermoso hacer las cosas que no suceden!

ANTONIO.—(Deja el pajarillo en el zurrón y extrae del mismo un pescado de grandes proporciones. Se dirige al río y baja con evidente dificultad, desapareciendo por la derecha. Se oye la voz:) ¿Preparado, señor?

DON JULIO.—(Poniendo los brazos en tensión.) ¡Preparado! Es el momento más emocionante de la vida de un pescador; el momento de tirar. Te envuelve la emoción de la sorpresa.

ANTONIO.—¡Señor!

DON JULIO.—¿Qué sucede, Antonio? ¿Tienes dificultades?

ANTONIO.—(Que sigue en el río y mientras se oye el chapoteo del agua.) ¡Estoy asombrado!

DON JULIO.—¿A qué se debe tu asombro?

ANTONIO.—Mi asombro se debe a que hay un pez enganchado en el anzuelo...

DON JULIO.—(Incrédulo.) ¿Un pez en el anzuelo? ¿Y cómo es que no he notado nada?

ANTONIO.—No sé, señor. Pero tire, no vaya a escapar también...

DON JULIO.—(Nervioso.) No irás a contar nada de esto...

ANTONIO.—Soy un criado fiel...

DON JULIO.—Bueno, allá va. (Pega el tirón y aparece, dando sacudidas, un pescado muy pequeño.) ¡Ah! ¡Por fin cayó! El muy tunante... Con lo que me ha hecho esperar...

ANTONIO.—(Saliendo del agua con medio cuerpo mojado.) ¿Qué le parece, señor?

DON JULIO.—Que es lo que yo decía. ¡Nada de cinco kilos!

ANTONIO.—No, señor. Creo que me equivoqué. No los pesa, no. (Por el pescado que lleva en la mano y que no clavó.) ¿Y qué hago con éste?

DON JULIO.—(Que ha desenganchado el pescado del anzuelo.) Al río con él, al río.

ANTONIO.—(Lanzándolo.) Como usted diga.

DON JULIO.—Vamos, Antonio. recoge la caña. (ANTONIO obedece.)



Y Ayúdame a levantarme. Por fin, Antonio. Hoy tenía yo la corazonada. Tenía que caer.

ANTONIO.—(Ayudando a DON JULIO a levantarse.) Vamos, señor. Está usted ya muy pesado.

DON JULIO.—(Que logra ponerse en pie con mucho esfuerzo.) No digas bobadas. Estoy muy bien. Nada de pesado. (Va a dar un paso y se resiente del golpe.) ¡Ay! La pierna... (Efectivamente arrastra un poco la pierna.) Pero adelante; hoy hemos cumplido nuestro objetivo.

ANTONIO.—(Que sostiene, apoyado sobre su hombro, a DON JULIO.) ¿Y qué hacemos con el pajarillo?

DON JULIO.—A ver, dámelo. (Antonio le entrega el pajarillo.) Ten el pescado. Pobre. Tiene un ala rota.

ANTONIO.—En casa hay una jaula.

DON JULIO.—Pobre, se ha quedado sin libertad. Sí, ha perdido la libertad pero ha ganado la vida

ANTONIO.—Lo contrario que el pescado que con la libertad ha perdido la vida. A veces van tan unidas las dos...

DON JULIO.—(Duda.) Antonio...

ANTONIO.—¿Diga, señor?

DON JULIO.—Echa el pescado al agua. No hay derecho a quitar a nadie la libertad, si a cambio, por lo menos, no se le da la vida. ¡Echalo, échalo al agua ahora que estoy de espaldas y no lo veo! (Triste.) Tres meses saliendo al río para ésto...

ANTONIO.—(Lanza el pescado al río.) ¡Qué alegría se va a llevar, señor! ¿Y qué va a contar hoy en la tertulia? Hemos agotado todas las mentiras. Esta vez ni siquiera nos ha salido lo del pescado comprado.

DON JULIO.—Sí, nos hemos precipitado. La alegría de haber pescado por una vez un pez, me ha turbado. Pero verás, verás... Hoy contaremos la verdad.

ANTONIO.—Nadie nos creerá. Podemos contar lo del pez de cinco kilos que se nos escapó.

DON JULIO.—No. Contaremos que el pescado que devolvimos al río, después de conseguirlo, pesaba cinco kilos y así nos creerán. Diremos que yo me lesioné en una caída y que no podíamos con el enorme pez. El zurrón, la caña, el pajarillo, yo apoyado en tu hombro... Son buenas razones que dar... Nos creerán. Andando, Antonio.

ANTONIO.—(Que carga con el zurrón, la caña y DON JULIO.) Señor...



DON JULIO.—Sí, Antonio...

ANTONIO.—¿Por qué no mete el pajarillo en el zurrón?

DON JULIO.—Pobre... Tiembla demasiado. Sería menos libre. Está tan oscuro ahí dentro... No. Lo llevaré en mis manos. Es posible que así crea que está junto al calor de su madre. La falta de libertad que menos se nota es la de los años que uno pasa junto a su madre. (Transición.) Antonio...

ANTONIO.—¿Diga, señor?

DON JULIO.—¿Te gustaría librarte de mí?

ANTONIO.—Sí, señor; me gustaría mucho.

DON JULIO.—¿Y por qué no lo haces?

ANTONIO.—No sé, señor... Sería tan aburrida la libertad sin compañía... Además, que para librarme yo de usted tendría que librarse usted de mí y ése es un asunto demasiado complicado.

DON JULIO.—(Mientras desaparecen por la izquierda.) Desde luego, muy complicado.

TELON

